

Son tan dignas de ser conocidas las virtudes de *La Liberata* y tan propias para infiltrar en el corazón de las muchachas jóvenes que en nuestros difíciles tiempos gimen bajo el doble peso del trabajo y de los trabajos, que el celosísimo P. Francisco Butiña, de la Compañía de Jesús, no vaciló en trazar con su fervorosa pluma la *Reseña de la vida de la sierra de Dios Librada Ferrarons y Vivés*,» con el título de *La devota artesana*; obrita interesante y amena, que acaba de recibir el honor de agotarse su segunda edición, y que, gracias á la exquisita benevolencia de su ilustre autor, desde el siguiente número de EL DEBER publicaremos como folletín del mismo, añadida con algunas memorables piezas, las cuales se ha dignado facilitarnos el propio autor, á quien tributamos los más finos agradecimientos, no sólo por el inmerecido favor que atribuye á nuestro humilde pero sencillamente católico semanario, sí que también como popularizador de las glorias de nuestra villa: con cuya publicación, al paso que entendemos ofrecer un obsequio que ha de resultar muy grato á nuestros benévolos lectores, contribuiremos á esclarecer una de las más importantes figuras y de las más agraciadas almas que vieron la primera luz en Olot y desde la cual volaron hacia el cielo; cual fué nuestra doncella conocida por *La Liberata*.

LAS ALMAS QUE LLORAN ⁽¹⁾

LEYENDAS DEL RHIN.

Es de noche: noche triste y sombría;—triste como la vida sin amor, —sombria como la muerte sin esperanza.—Allá arriba por las gargantas del Drakenfels—el viento gime entre las rocas—que velan sus agudas crestas con las nubes,—y agita los bosques, tantas veces seculares.

Mas, ¿qué rumores llevan sus ráfagas, cuando suben del valle?—No, no es el rugir de la fiera que busca hambrienta su presa;—ni el estrépito del torrente, al revolverse en su lecho de piedra;—ni el chasquido del árbol que el huracán desgaja.

(1) Esta leyenda parece ser popular en el alto Rhin: fúndase en la creencia poética de que las almas que se purifican de sus culpas, abandonan anualmente el lugar de su expiación, durante la vigilia de difuntos, para presentar á Dios más pronto los sufragos que los hombres ofrecen por ellas. La damos en esta forma á nuestros lectores, para conservar en lo posible la fisonomía del original.